

Raúl Prebisch: la renovación permanente de su pensamiento crítico

*Cristóbal Lara Beautell**

Nos hemos reunido hoy en homenaje a la figura señera de Raúl Prebisch, para honrar al hombre y, además, para hacer memoria de su ingente obra que llegó hasta los últimos rincones de América Latina y que terminó por abarcar e interpretar también los mejores intereses de los demás países en desarrollo, a los que sirvió sin descanso, sin períodos de espera y sin interrupción hasta el día de su muerte.

Una vez más el destino lo trajo a México hace apenas unas

semanas, cuando ante todos nosotros hizo presente la fuerza de sus convicciones y la vitalidad de su pensamiento a los ochenta y cinco años de vida. Cumplía así con su íntimo deseo de acompañar a la CEPAL y prestarle con su presencia la fuerza que él pudiera darle. No se concedió respiro; todos lo vimos puntualmente en cada una de las sesiones, siguiendo las palabras que se pronunciaban, fueran o no compartidas, y lo vimos también expresar sus ideas con gran claridad: con la misma cohesión que le fue siempre propia.

En su intervención, el 24 de abril de 1986, nos deja su mensaje, mensaje de renovación del pensamiento, de afirmación de fe en América Latina y su gran legado moral, digno legado a la altura de su vida.

Vino a México hace apenas unas semanas. Ya lo había hecho en 1948, por invitación del Banco de México, en uno de los períodos decisivos de su vida que lo alejó de las funciones oficiales en su país, pero el cual, según sus propias palabras, lo condujo al estudio pertinaz de la economía de los países de América Lati-

* Intervención en el acto de homenaje a Raúl Prebisch celebrado en la ciudad de México el 5 de junio de 1986, convocado por el Centro de Estudios Monetarios Latinoamericanos (CEMLA), el Colegio Nacional de Economistas (CNE), la Asociación de Economistas de América Latina y el Caribe (AEALC), la Comisión Económica para América Latina (CEPAL), el Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE), la Escuela Superior de Economía del Instituto Politécnico Nacional y la Facultad de Economía de la UNAM.

na. Varias veces lo vi recordar con honda emoción ese episodio y mencionar con afecto su paso por México en esa ocasión decisiva, y de modo muy especial la compañía, el aprecio y la inspiración que le brindaron, entre otros, don Eduardo Villaseñor, don Daniel Cosío Villegas y don Gonzalo Robles. Puedo decir que la sola mención de esos nombres y esos hechos conmovía profundamente a don Raúl.

Nunca olvidó ese episodio de su vida, y en ese hecho está reflejada también la personalidad generosa, abierta, amistosa que fue parte importante de su carácter.

Volvió de nuevo en 1949, esta vez invitado por la Nacional Financiera, y en la vieja Escuela de Economía, por primera vez que yo sepa, expuso, en una serie de conferencias, su *teoría dinámica de la economía*, de la cual, para fortuna de los estudiosos, se hizo versión taquigráfica.

Poco después habría de proseguir el desarrollo de su pensamiento, ya desde la CEPAL, iniciando así una obra y un camino que creo no encuentran parangón en ningún otro organismo internacional. Su fuerza fue ejemplo y paradigma para todos; pero ¿debemos preguntarnos qué fue para don Raúl?

No tendremos que esforzarnos en esto, pues él mismo lo ha dicho públicamente. Ante los delegados en Quito, con el sencillo y hondo tono personal que le era característico, calificó sus trabajos en la CEPAL como "una tarea que no vacilo en decir que si bien ha significado para mí muchos sinsabores y muchas dificultades, también ha sido la tarea que más satisfacciones me ha dado en mi vida".

Así fue la obra de don Raúl en la CEPAL, fruto, desde luego, del interés, que no tuvo límite, por encontrar explicación a lo que sucedía en los países de América Latina, y, junto con ello, de una independencia intelectual que tampoco conoció límites. No exageramos al decir que en esa independencia, que le acompañó en cada uno de los proyectos que fue acariciando a lo largo de su vida, pueden haber nacido los "muchos sinsabores y muchas dificultades" a que se refería. Sin esa independencia la tarea intelectual de la CEPAL no se habría realizado, ni habría atraído, como atrajo, a los países en general y a los colaboradores que rodeaban a don Raúl empeñados en el estudio acucioso de los problemas del desarrollo.

Que se sepa y quede bien claro, en especial para la juventud, siempre justamente deseosa de genuinidad, que esa independencia fue un rasgo central de don Raúl, en el cual se nutrieron y alimentaron sus demás condiciones y capacidades.

Desde esa dimensión presentó siempre sus ideas, no con eufemismos y lugares comunes, sino buscando la expresión que más se acercara a la realidad, a la verdad de los países.

"Yo no he sido, ni soy, ni seré neutral. Yo estoy hondamente comprometido con el desarrollo. . .", afirmaba una y otra vez, pues su espíritu, que le exigía la objetividad de puntos de vista, le alejaba de la neutralidad, y así lo probó con su actitud de lucha

en todos los escenarios, lo mismo en América Latina que en Washington, en la sede de la ONU en Nueva York, en los países del Tercer Mundo, en la URSS, en el seno de la UNCTAD, donde quiera que estuviera llevaba sus propuestas, sus mensajes, y los defendía con un vigor que no era usual.

Las tesis que generó y defendió a lo largo de su vida eran claras, pues sus palabras no dejaban lugar a interpretación, sino que decían lo que querían afirmar, como cuando tajantemente señaló:

"No hay nada, señores, en el sistema económico, en el funcionamiento espontáneo del sistema económico, que vaya a corregir esas contradicciones. Ni las contradicciones que en el plano internacional son también cada vez más notorias. . . Y puesto que no había nada que corrigiera un orden de cosas insatisfactorio e injusto, había que encontrar los mecanismos y las políticas con los cuales superar esas fallas del sistema.

Puede decirse que en el curso de su vida de estudio a cada falla que señalara en aquellos diagnósticos, que llegaron a ser famosos por su hondura y precisión, correspondía la presentación de políticas, programas, propuestas que pudieran aminorarlas o vencerlas. Y esto tanto en el ámbito regional como en el de las relaciones internacionales. Y así dio impulso a lo largo de América Latina a propuestas tan trascendentales como el empleo de la planificación, la industrialización de los países de América Latina, grandes y chicos, cada uno conforme a sus condiciones y posibilidades; la integración económica; la distribución adecuada y justa del ingreso, y el acceso de las masas rezagadas a los frutos del progreso como condición indeclinable de éste, y otras políticas que perseguían el paso ascendente de los países de la región. Podríamos aún seguir mencionando otras esferas de acción surgidas de su pensamiento y que fueron en muchos casos, por qué no decirlo, centros de atención, de estudio y de debate de alcance mundial que connotaron al mundo económico en los años cincuenta y sesenta.

En todo ese conjunto de ideas y políticas encontraba él la razón de su actividad.

¿Qué significaba todo eso; qué representó ese inacabable batallar de don Raúl, sus ideas, su lucha, sus investigaciones, sus proyectos en los países de América Latina y en las demás regiones que entraron finalmente bajo su esfera de estudio en la UNCTAD, y en el nuevo orden internacional que perseguía y cuya idea en gran parte originó?

Creo que en todo eso don Raúl iba expresando su forma de ver la justicia económica, el deseo de libertad, la fuerza y la vitalidad que asignaba a los pueblos de nuestra región. Detrás del pensamiento de Prebisch palpita, en su fondo, una concepción elevada de América Latina, una seguridad completa en la capacidad de hacer y superarse y, junto con esto, una fe, que podemos con justicia denominar inquebrantable, en nuestro destino como naciones y como región. Esa fe, extendida a lo largo y a lo ancho de América Latina, está insertada en su pensamiento, se hacía patente a cada rato, y sin ella no sería posible abarcar ni comprender sus ideas, la contextura de su pensamiento.

De ahí se derivaba una parte esencial de su fuerza, de su poder

inspirador, y así iba surgiendo, se iba extendiendo alrededor de él una especie de comunidad espiritual, de sentido de pertenencia a una obra digna, de trabajo en un laboratorio de lo nuevo, sentimiento que por medio de los cursos se extendió prácticamente a todos los rincones de América Latina y que llegó a hacerse presente, por la similitud de situaciones, en muchos otros países en desarrollo.

Ese mundo lo honró en vida, y la India, al concederle la orden Jawaharlal Nehru, el 26 de abril de 1976, expresó que le extendía ese honor atendiendo al papel que había desempeñado para reducir las distancias económicas entre los países y para procurar el establecimiento del firme compromiso internacional de hacer lo necesario para que todas las naciones del mundo puedan participar en una herencia común de prosperidad.

A cercarse al pensamiento de Prebisch obliga a examinarlo con espíritu crítico, con idea de renovarlo. Alguna vez le oí decir que ser fiel a la obra de la CEPAL no consistía en repetir su ideario, sino en transformarlo y buscar ideas y planteamientos que lo avanzaran. Aquí, ante nosotros, en la reunión de la CEPAL en México, reiteró que frente a las difíciles condiciones de América Latina y el Caribe se impone, en forma ineludible, la renovación del pensamiento, dramatizado por los hechos que ocurren actualmente.

Pensamiento sin dogmas propios, desde luego, pero también sin que se nos quieran imponer dogmas ajenos que responden a otros intereses y que la crisis ha tenido la desgracia de traernos como algo implacable, con tanta más frecuencia y exigencia cuanto más ha avanzado la contracción en su acción destructora. Sepan aquellas instituciones, aquellos países, que sacrificando bienestar ajeno quisieran aliviar dolencias propias, que hacemos nuestras las palabras recientes de don Raúl; que no admitimos obligación alguna de "aceptar dogmas de los países del Norte", revestidos o no de encubrimientos pseudocientíficos, pero llenos de una carga restrictiva que no considera ni lo más esencial: la producción, el trabajo, el empleo, ni la suerte de las clases medias, y que hace depender todo su virtuosismo de artificiales equilibrios, *que no son ni alcanzables ni deseables*.

Nunca como ahora ha necesitado América Latina de la figura de Prebisch, del ideario de Prebisch, para su defensa. La ideología del Maestro es, en su fondo más íntimo, más sentido, una proclama de fuerza para los distintos países de la región; es también una exhortación a hacer juntos lo que individualmente no alcanzamos a realizar y es, por encima de cualquier otra consideración, una exhortación a buscar el acuerdo, a encontrar la solución en los planos nacional e internacional.

En nuestros países la tarea es cada vez más dura, más áspera, y necesitamos de su ideario. Lo necesitamos cuando claramente, como sucede, se quiere hacer depender la suerte de nuestra economía y nuestra sociedad de que practiquemos las duras reglas contraccionistas, reglas que mostraron su destructibilidad estéril en el pasado y que hoy se quiere resucitar, y se resucitan a nuestra costa. Se nos quiere convencer que todo ello es necesario e inevitable.

En tanto esa situación indefendible e insostenible persista, volvamos a reivindicar las verdades de la ciencia económica y defendamos, con la fuerza de nuestro conocimiento, nuestro parque industrial; el acervo de capital que con sacrificio el país ha acumulado para su prosperidad y provecho; nuestra industria de bienes de capital, unida indefectiblemente a las posibilidades de nuestra independencia económica; y, por encima de todo, defendamos el empleo, el trabajo, que es el sustento de nuestra fuerza como país y que no debe ser objeto de propuestas para eliminarlo, restringirlo y aun empobrecerlo.

Problemas delicados estos que requieren de la ponderación, de la ecuanimidad y del sentido de proporción de economistas y de no economistas. Recurramos en esa tarea difícil y de gran trascendencia, a la energía espiritual que se desprende de la vida de don Raúl, y procuremos también la búsqueda continua de acercamientos, de entendidos comunes, de soluciones, porque esa búsqueda fue una constante invariable de su actividad.

Necesitamos adoptar también otra dimensión que nos impulse y aliente en esta época crítica: la dimensión latinoamericana. Es preciso fijarla cada vez con más ahínco en nuestras actitudes, en nuestras tareas. Hay algo en la misma capaz de estimular a los países, algo que alienta y debe ser defendido sin regateos, sin descanso, como vimos a don Raúl hacerlo una y otra vez.

El curso de los hechos nos debe conducir a comprometernos, a no ceder ante las circunstancias, a recuperar lo mucho que en el intercambio habíamos logrado hacer con sacrificio y que con la crisis se ha perdido, a construir y defender en todo momento esa condición de latinoamericanos, como señal distintiva que nos pertenece y para la cual reclamamos respeto en todo escenario, sea económico, social o político.

Dicho esto, debo agregar una nota distinta. El día en que lo vi abordar su avión de regreso a Santiago no imaginé que esa fuera la verdadera despedida, la última parte de un camino que a la vuelta de unos días habría de terminar en el recodo de un río, en su casa de *El Maqui*, en Santiago, protegida y abierta a la cordillera que tanto amaba. Y así fue.

El destino fue benigno con don Raúl; y en medio de incesantes viajes que caracterizaron sus últimos años, la muerte lo encontró en su casa, en el rincón predilecto que todos llevamos con nosotros.

Sus restos hoy reposan tranquilos al pie de los árboles que rodean el edificio de la CEPAL en Santiago, en algún lugar querido de Buenos Aires y frente a la casa de *El Maqui*, casa que vio nacer la mayor parte, si no todas, las ideas que conmovieron e interpretaron a América Latina y que hoy forman parte del legado moral más noble y digno que podemos recibir y que recibimos.

Seamos leales a ese legado haciendo por nuestros países y por América Latina y el Caribe lo que esté a nuestro alcance, sin dudas, sin desmayo, como nos lo enseñó a hacer a lo largo de su vida el Maestro de la economía de América Latina, cuya memoria hoy honramos. □